

Coaliciones sin partidos políticos en la Argentina post-crisis El caso de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (2003-2007)

Sebastián Mauro*

Resumen

El artículo analiza la proliferación de la lógica coalicional en un contexto de deterioro de los partidos políticos como identidades políticas estables, tal como se presenta en la Argentina post-crisis. El análisis se basará en la comparación de los ciclos electorales de 2003 y 2007 en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, estableciendo continuidades y rupturas respecto de la lógica de conformación de la oferta política y las estrategias discursivas para construir una identificación con el electorado mediante la diferenciación política en el espacio público. En este sentido, el presente estudio se basa en el diagnóstico de fragmentación partidaria y fluctuación del comportamiento ciudadano, que deriva en una dinámica política estructurada en torno a escenas, delimitadas, por un lado, por los procesos electorales, y, por el otro, por la irrupción de demandas ciudadanas.

Introducción

El presente trabajo se propone analizar comparativamente el fenómeno de las estrategias coalicionales en la ciudad de Buenos Aires, en los ciclos electorales de 2003 (Fuerza Porteña y Compromiso para el Cambio) y de 2007 (Propuesta Republicana, Frente para la Victoria y Más Buenos Aires). El estudio se centrará en dos cuestiones conexas: en primer lugar, los procesos de conformación de la oferta política (es decir, los criterios de nominación de los candidatos al ejecutivo y legislativo local); y, en segundo lugar, de las estrategias discursivas en torno a la presentación del perfil del armado propio (en términos de “pluralidad”, “diálogo”, etc.) y la diferenciación respecto de los armados antagonistas (en los términos de “oportunismo”, “rejunte”, etc.).

En este sentido, el estudio de ambas dimensiones se basa en el supuesto de una transformación operada a nivel del formato representativo, tendiente a la fluidez de la

* UBA

oferta política y a la fluctuación del comportamiento electoral, fenómenos que tienden a desplazar la centralidad de los partidos políticos como principales actores de la política local, instalando una dinámica al mismo tiempo transversal, personalista y volátil. De esta forma, la nueva dinámica político electoral de la ciudad se basa en la proliferación de la lógica coalicional, paralela y proporcional al deterioro del protagonismo de los partidos políticos como pertenencias políticas estables. Las identidades políticas aparecen, de esta forma, como el resultado de una pugna en torno a la instalación de una escena instituida en el espacio público, de la cual surge la diferenciación respecto de un adversario y la identificación con el líder.

Sobre la certeza

Cómo instalar una escena electoral en un clima de incertidumbre

Hacia el año 2003, el Jefe de Gobierno, llegado al ejecutivo local apoyado por una coalición (entre el Frepaso y la UCR) que se impuso sobre otra (la de Acción por la República y Nueva Dirigencia), soportaba los estragos de una crisis económica, política y social con epicentro en la ciudad de Buenos Aires. El agotamiento del modelo económico y del discurso anticorrupción de la Alianza¹ lo había dejado sin el apoyo de una fuerza política estructurada, en un escenario tan desierto de certezas como de líderes con legitimidad.

El clima de disolución y emergencia que había significado la crisis tuvo una lenta, conflictiva y represiva recomposición durante el gobierno provisional de Eduardo Duhalde, que se presentara a sí mismo en los términos de una “transición” hacia un período indeterminado de cambio político. Hasta qué punto esa indeterminación era manifiesta es fácilmente determinable observando la constitución de la oferta política para las presidenciales, en las que convivían, con igual (magra) oportunidad en las encuestas un cúmulo de candidatos autoproclamados (desde ex aliancistas “denunciantes” hasta ex aliancistas “villanos” en la novela de fines de los ‘90, dos ex presidentes justicialistas y hasta el “fondo del tarro” de los delfines duhaldistas).

¹ Para un tratamiento más extenso de este agotamiento y sus consecuencias en la política porteña, ver Mauro: 2007.

En este contexto de incertidumbre, las identidades partidarias vigentes hasta el 2001 estaban en absoluta crisis, tanto el radicalismo como el justicialismo, o incluso las terceras fuerzas surgidas durante la década de los '90 (Frepasso, Acción por la República, Nueva Dirigencia) enfrentaban una coyuntura de disolución y centrifugación de sus recursos organizacionales, lanzados detrás de cualquier figura competitiva que pudiera asegurarles el acceso a cargos para reproducirse. Dicha “disponibilidad” de los fragmentos partidarios volvía a la competencia política altamente personalista, incluso más que en el período precedente. Aquellas personalidades que detentaban altos índices de popularidad en los sondeos de opinión preelectorales tuvieron un amplio margen de maniobra para construir coaliciones y lograron armar partidos a su medida.

Dado tal grado de dislocación de la competencia política, Aníbal Ibarra jugó una carta vital para enfrentar el ciclo electoral de 2003 y buscar su reelección: la prerrogativa de definir el calendario electoral local, lo que le permitía ubicar a las elecciones porteñas en una escena diferente a la indefinición nacional. Con este recurso, acrecentado, por otra parte, por la excepcional disociación entre las legislativas nacionales y las ejecutivas, el Jefe de Gobierno logró fabricar una escena de competencia a la medida de sus pretensiones, acercando primero los comicios locales a los nacionales, con el fin de forzar la retirada de numerosos “presidenciables” con buena imagen en el electorado porteño (por ejemplo, Carrió), y luego alejándolos a instancias de la Justicia. Este distanciamiento de las elecciones locales respecto de las nacionales abrió una brecha temporal que complementaba (inintencionalmente) a la estrategia reeleccionista, dado que el nuevo gobierno quitó de la competencia a una serie de precandidatos autoproclamados (como Daniel Scioli, Rafael Bielsa y Gustavo Béliz), e instaló un clima de “cambio de época” progresista, que permitía al ibarrismo reconvertirse con éxito a la nueva realidad.

Gracias a esta disociación entre la oferta electoral para las presidenciales y las locales, aquellos líderes autoproclamados para la competencia porteña contaban con un gran margen de maniobra para alinear detrás de sus candidaturas a los candidatos presidenciales, que no tenían partidos estructurados que compitieran en el escenario porteño y buscaban un anclaje en la Cámara Baja y en la legislatura local (es el caso de Kirchner y Carrió con Ibarra, Menem con Macri y López Murphy con Bullrich), sin que se plantee la situación inversa (dicho alineamiento no implicaba adhesión del candidato

porteño al candidato presidencial). Tampoco tuvieron inconvenientes en, como ya se mencionara, conseguir apoyo de los fragmentos que sobrevivían a la desventura de sus partidos. En este último caso, dichos fragmentos podían negociar la nominación de sus principales referentes en las listas legislativas a cambio de sus recursos organizacionales. Los más efectivos en conseguir estos apoyos fueron quienes mayores chances tenían de acceder al gobierno.

De esta forma, el Jefe de Gobierno logró instalar su candidatura al frente de un nuevo sello partidario, Fuerza Porteña, cuya lista legislativa se construyó según un sistema de loteo entre partidos políticos (Frente Grande, ARI y Socialista), fragmentos partidarios del PJ (liderados por Juliana Marino) y UCR (liderados por Graciela González Gass), y movimientos sociales (el sector de la CTA representado por Claudio Lozano). Al mismo tiempo, Ibarra aceptó agregar las listas del PRD (un sector ligado al Presidente Kirchner liderado por Miguel Bonasso y Diego Kravetz) y del Partido de la Ciudad.

Por su parte, el empresario y dirigente futbolístico, Mauricio Macri, definió su primera incursión en la arena política al frente de una nueva fuerza, Compromiso para el Cambio, cuya lista se componía básicamente de la estructura del PJ Capital, a la que se agregaban dirigentes de diversas trayectorias partidarias, ubicados estratégicamente en las listas para mostrar la pluralidad de la fuerza y sumar más adhesiones. Además, se incorporaron las listas del Frente de la Esperanza (que aglutinaba a sectores disidentes del PJ Capital), del Movimiento Generacional (que en el 2000 apoyó a Aníbal Ibarra) y de la Alianza de Centro (integrada por ex ucedeístas).

Otras dos figuras de renombre lograron aglutinar a diferentes actores políticos, y construir tras de sí alianzas. Luis Zamora llevaba a elecciones nuevamente a su fuerza política, instalada en las legislativas de 2001 y ausente en abril de 2003, en un intento de deslegitimación del proceso electoral. Convencido ahora de que la vía era ganar cargos legislativos, Autodeterminación y Libertad incorporó a su lista a referentes del movimiento asambleario surgido en 2002. Por su parte, la ex ministra Patricia Bullrich llevaba a su fuerza, Unión por Todos, en coalición con Recrear, el sello de Ricardo López Murphy, el candidato presidencial de mejor performance en la ciudad.

La campaña en 2003 giró en torno de la definición entre una vieja política corrupta y una nueva política, caracterizada por el giro progresista del país y de la región (Mauro: 2005). En este sentido, la presentación de la coalición que sostenía al Jefe de Gobierno volvía verosímil la idea de un frente de centroizquierda que daba batalla a las aspiraciones personales de uno de los beneficiarios de las políticas de los noventa: mientras que detrás de Ibarra se alineaba una serie de actores identificados con una retórica progresista cercana al Frepaso, pero que no eran identificables con su declive; el lado de Macri era presentado como la aventura personal de un empresario corrupto y demagógico. Dicha presentación incluye una serie de elementos complejos que merecen un análisis pormenorizado.

En primer lugar, el carácter progresista de Fuerza Porteña no debía ser identificable con el naufragio de la Alianza, sino con la vaga y nebulosa recuperación de cierta intención de centroizquierda que caracterizara al Frepaso. Es por ello que el Jefe de Gobierno intentó mostrarse como una versión mejorada de sí mismo, lo que se evidencia en el uso de la etiqueta electoral (construida especialmente para la elección), y en la campaña gráfica y televisiva del candidato: la idea de un Ibarra no tan joven, cuyo aprendizaje político como piloto de la tormenta había quedado grabado en los signos físicos del paso del tiempo; combinada, paradójicamente, con la promesa de un “nuevo Ibarra” como slogan de campaña.

En segundo lugar, el contenido progresista del espacio que sostenía al Jefe de Gobierno no encontraba otro anclaje que en la negatividad frente a un pasado de corrupción y debacle, no sólo identificado con el menemismo sino con toda una forma de construir política que incluía a la disuelta Alianza. En este sentido, el elemento de negatividad contra la corrupción giraba alrededor de la idea de apropiación de los bienes de todos por parte de algunos, y en la consecuente necesidad de protección de lo público por parte del Estado. Esta idea general tenía cierto aire de una demanda de inclusión social, asociando la imagen del progresismo con el acceso a los bienes públicos. Pero, al mismo tiempo, lo público era inteligido como un espacio neutral, igualmente de todos e idealmente ajeno a la lucha política. Es por esta operación, que la centro-derecha aparecía ligada a los intereses particulares en detrimento de lo público, al precio de que el progresismo apareciera vaciado de ciertas reivindicaciones históricas de la izquierda democrática.

Del lado del macrismo, el intento por desmontar este principio de lectura también tomó como eje la divisoria entre *vieja* y *nueva* política, pero entendiendo el carácter corrupto de la vieja política en los términos de una “politiquería vacía”, que promete para acceder al poder y luego no se esfuerza por solucionar los problemas de la gente. En este sentido, Compromiso para el Cambio no sólo exaltó la pluralidad de un armado de dirigentes de trayectorias diversas (mostrando un espacio donde peronistas y radicales podían confluír) sino, especialmente (y en esto consiste precisamente la definición del sello), la inserción de recursos humanos ajenos a la política (y, automáticamente, a su corrupta situación) dispuestos a llevar adelante los cambios que el público esperaba.

De esta forma, tanto el progresismo como el sector identificado con la centroderecha, compartían un modelo de diferenciación con el pasado reciente (la “vieja política”), caracterizado por la debacle y la corrupción, entendida ésta última como obstáculo para la plenitud de *todos* en beneficio de *algunos*.

El clivaje político construido alrededor de un “pasado corrupto” y un “presente progresista” estructuró la comunicación política, tanto en momentos de normalidad como de crisis, durante toda la gestión ibarrista (Mauro y Natanson, 2006; Mauro y Montero, 2006). Este principio de diferenciación (y de inteligibilidad), que bastaba para que el Jefe de Gobierno retuviera importantes índices de popularidad, se mostraba insuficiente para sostener la coherencia del armado político que lo apoyó en su reelección, siendo Fuerza Porteña uno de los primeros espacios en fragmentarse en la Legislatura, rearticulándose según sus pertenencias de origen. Una centrifugación más violenta, sin embargo, sufrieron los bloques que sostuvieron las candidaturas de Patricia Bullrich y Luis Zamora, quebrando la coherencia de un campo político dividido en cuatro espacios ideológicamente identificables y generando una dinámica de intercambios personalistas. En este contexto, legisladores que apoyaron la coalición entre Patricia Bullrich y López Murphy pasaron a las filas progresistas del ARI, mientras que, con el correr de los meses, se iría conformando un relevante bloque

kirchnerista, nutriéndose de los referentes del justicialismo que habían ingresado al órgano legislativo en las listas que apoyaron a Mauricio Macri².

Este funcionamiento se vio puesto a prueba en coyunturas críticas, como en el debate sobre la reforma del Código Contravencional, que generó violentos reclamos y derivó en la primera reestructuración del gabinete de Néstor Kirchner (Mauro y Natanson: 2006) o sobre educación sexual y salud reproductiva, en los cuales la frontera entre centroderecha y centroizquierda parecía reavivarse, pero en relación a temas heterogéneos, y con aliados disímiles y de difusa trayectoria. En este último grupo podemos ubicar al ecléctico Partido de la Ciudad³, una fuerza política sin trascendencia que logró en 2003 el 10% de los sufragios colgando su lista de legisladores de la candidatura de Aníbal Ibarra, y que luego se contaría entre los más firmes partidarios del proyecto de reforma del Código Contravencional, aliándose con Recrear y el macrismo.

En este escenario de fragmentación de los bloques y fluctuación de los posicionamientos ideológicos y políticos, el incendio del microestadio República de Cromagnon durante un recital, con su saldo de 194 muertos, puso en crisis la legitimidad y hasta la continuidad del Jefe de Gobierno. La crítica a la ineficiencia del gobierno porteño, combinada con la suposición de coimas a los organismos de control, hizo factible la articulación entre la *inseguridad* (entendida como la desprotección de los ciudadanos por parte del Estado frente a la falta de escrúpulos de los empresarios, es decir, como la desprotección de “todos” frente a los intereses de “algunos”) y la *corrupción* (definida, como señaláramos anteriormente, como la gestión de los bienes de “todos” en beneficio de los intereses de “algunos”). El incumplimiento de la protección de los ciudadanos por parte del Estado fue entendido como síntoma de una

² Dos fueron los legisladores que pasaron de Unión para Recrear al ARI (Juan Manuel Velasco y María E. Estenssoro), y cuatro los legisladores macristas que pasaron al kirchnerismo (Helio Rebot, Chango Farías Gómez, Alicia Bello y Sandra Bargenfeld). En la Cámara de Diputados la tendencia sería aún más marcada, produciéndose un drenaje de 3 de los 5 diputados obtenidos en 2003. Más adelante, luego de las Legislativas de 2005, el pase de Eduardo Lorenzo Borocotó constituiría un ejemplo caricaturesco de tales tendencias.

³ No es la única intervención a contramano del progresismo que sostenía al Jefe de Gobierno. Tiempo antes, la legisladora Mirta Onega debió abandonar el bloque luego de una denuncia por discriminación y xenofobia, quedando relegada a un monobloque, pero firmemente alineada en sus intervenciones parlamentarias.

estafa de los políticos, que prometen para hacerse con el cargo y luego no cumplen con una gestión eficiente.

En esta concepción que hilvanaba *ineficiencia, corrupción e inseguridad*, las protestas de los familiares de las víctimas se acercaron al marco interpretativo que había ofrecido Mauricio Macri en 2003, encontrándose la fuerza de este último, no sólo con la ventaja institucional de un bloque numeroso y relativamente homogéneo, sino también con un lugar de enunciación verosímil para ejercer la oposición. En esta línea el macrismo encontró la compañía férrea de los partidos de izquierda, y un aliado renuente en el ARI, otrora parte importante de la coalición progresista gobernante.

En medio de este proceso se produjo el ciclo electoral 2005, en el que se renovaba la mitad de la Legislatura que tenía en jaque al titular del Ejecutivo local, así como también la mitad de la representación porteña en la Cámara Baja. La conformación de la oferta electoral puso de manifiesto que tanto la multiplicación de fuerzas políticas, como la fluctuación de los sellos partidarios no fueron fenómenos excepcionales, producto de la incertidumbre política post 2001, sino características distintivas de la nueva formación política. Con un oficialismo porteño borrado de la competencia electoral, la escena se constituyó sobre la base de otro juego de diferenciaciones, colocando como actores centrales a tres fuerzas políticas, diferentes a las de 2003.

En primer lugar, Compromiso para el Cambio, ahora asociado a Recrear en la Alianza Propuesta Republicana (PRO), que dejaba a Patricia Bullrich sin respaldo político. En segundo lugar, el ARI, instalado ahora en el rol de oposición, presentaba una heterogénea oferta producto de dos criterios de nominación superpuestos: la voluntad expresa de Carrió (imponiendo la candidatura de Enrique Olivera) y las negociaciones entre los referentes del ARI capital. En tercer lugar, el Frente para la Victoria, (que no había participado de los comicios locales de 2003, en los que el kirchnerismo terminó apoyando improvisadamente a Ibarra), presentaba una oferta identificada con dos tipos de candidatos: aquellos liderazgos de popularidad constituidos en la escena pública (sobre los cuales se edificó una lista de candidatos a diputado “progres” y no peronistas) y otros basados en un capital organizativo (sobre los cuales se constituyó la lista de legisladores locales, más ligada al “aparato” peronista).

No sólo el Jefe de Gobierno había desaparecido de este campo de fuerzas, también Patricia Bullrich y Luis Zamora quedaron en una posición marginal, producto de la extraordinaria erosión de sus fuerzas a nivel legislativo, lo que revelaba una fuerte dificultad para mantener las alianzas políticas y para sostener un espacio de enunciación políticamente relevante en tiempos no electorales.

El lanzamiento de PRO buscó no caer del lado de afuera en la frontera del progresismo y centrarse en los aspectos técnico-administrativos de la gestión, imputando estos valores como déficit en la recuperación política y económica (Mauro y Montero: 2006). La denuncia de “falso progresismo”, un progresismo centrado en la retórica, tomó nuevos impulsos luego de la crisis del gobierno de Ibarra, presentando como contracara un progresismo de la gestión, es decir, una voluntad política de progreso social asentado en la capacidad transformadora de la máquina administrativa estatal. En este punto, un híbrido. La asociación entre política y gestión había sido el tradicional baluarte de una derecha privatista y liberal, pero ahora aparecía unido a una revalorización de la intervención estatal y de la capacidad del Estado para reformar a la sociedad, sobre todo en el eje de la “seguridad”, en su definición más general de necesidad de un Estado protector de “todos” frente a la amenaza de “algunos”. Las similitudes con la concepción desideologizada de lo público en el propio discurso de Ibarra pueden aparecer, en este sentido, como significativas, cuestión que será aún más notoria en la campaña 2007.

El contundente triunfo de Mauricio Macri en todas las circunscripciones porteñas, incluyendo las del centro de la ciudad, por sobre Elisa Carrió y Rafael Bielsa, fue el principal resultado de este proceso. Un nuevo equilibrio de fuerzas, con un claro predominio del macrismo (que retenía su caudal electoral intacto incluso en los distritos que, se suponía, le eran esquivos), seguido por dos fuerzas progresistas de expresión nacional, parecía anunciar el fin de la fragmentación y la fluctuación políticas en la ciudad.

Pero, una vez pasadas las elecciones y la sospecha de oportunismo electoral, e incluso antes de la renovación del cuerpo legislativo, la nueva relación de fuerzas (con un macrismo consolidado y homogéneo, un ARI tan fortalecido como opositor, y una

izquierda diezmada pero intransigente) se hizo patente en el avance hacia la suspensión y el Juicio Político, poniéndose nuevamente en crisis la delimitación de estos espacios y la instalación de una normalidad institucional. La definición de la suerte de Ibarra obligó a los diferentes actores a tomar una posición clara en el proceso, produciéndose nuevos realineamientos. No obstante, la coherencia del cuerpo legislativo distaba de ser la esperable: a la contundente indisciplina kirchnerista (Chango Farías Gómez y Helio Rebot, partidarios de una estrategia alternativa para el kirchnerismo en el distrito, sellaron la suspensión y destitución), se sumaron las contradictorias intervenciones de Gerardo Romagnoli y la curiosa alianza de los dos extremos del arco político para señalar la culpabilidad del Jefe de Gobierno.

2007, odisea del espacio

La difícil tarea de articular espacios en un escenario cambiante

El gobierno provisional de Jorge Telerman incentivó la continuidad de la dinámica de realineamientos políticos permanentes, al impulsar desde el comienzo la instalación de su candidatura para renovar el mandato, constituyendo vertiginosamente un espacio político identificado con el progresismo desde los fragmentos de diferentes pertenencias partidarias, fueran oficialistas, opositoras o sencillamente prescindentes. Para dicho armado, Telerman golpeó las puertas de todos los candidatos presidenciales y negoció cargos con una multiplicidad de sectores “en disponibilidad”, siguiendo ciertos criterios de construcción que había aplicado su antecesor en 2003 para la conformación de un progresismo “independiente”.

Para el nuevo titular del Ejecutivo local, una gestión eficiente con alta exposición pública⁴ podía ser el trampolín que garantizara su revalidación electoral en el cargo, lo que le exigía redoblar sus esfuerzos para construir, desde la cabeza (o quizá, como se evidenció en la campaña, *desde la pelada*), los pies y el cuerpo de un entramado político competitivo. En esta rearticulación entraba el kirchnerismo, cuyo jefe político, Alberto

⁴ En este sentido, proyectos como el de habilitar el voto local a partir de los 16 años, junto con una omnipresente campaña gráfica y televisiva del Gobierno de la ciudad, bajo el programa Actitud Buenos Aires, la apertura de un canal de televisión cultural (cuyos contenidos, cabe señalar, no tienen ninguna intención proselitista y su calidad es indiscutible), una maratónica agenda de inauguraciones y hasta la transmisión de un seudo “reality show” de su gestión por internet, fueron desesperadas evidencias de la estrategia telermista desde el inicio de la gestión, cuando el flamante titular del ejecutivo redesignara informalmente a su cargo como “intendente”.

Fernández, había sufrido las consecuencias de la derrota electoral de Rafael Bielsa y la caída de Aníbal Ibarra. La fuerza presidencial se encontraba, entonces, en el dilema de apoyar al ya lanzado ex vicejefe ibarrista, y, por ende, aceptar una derrota de la estrategia delineada por Fernández, o intentar la instalación de un candidato del riñón kirchnerista (que hacia fines de 2006 era algo así como un riñón transplantado, habida cuenta de que el referente porteño con voluntad y chances de hacerse con el ejecutivo local era Daniel Scioli).

Para el macrismo, la salida de Ibarra había sido pura ganancia. La denuncia de un progresismo vacío había sido su principal argumento desde el nacimiento mismo de la fuerza en 2003, y la escandalosa salida del Jefe de Gobierno implicaba una contundente confirmación de ese principio de lectura. En términos más instrumentales, el Juicio Político contribuyó a alinear a la tropa del PRO, que se mantenía como primera minoría en una Legislatura fortalecida frente al Ejecutivo, y que se mostraba mucho más homogénea que los bloques adversarios. Por último, para el resto de las fuerzas, el cambio de gobierno también implicaba un nuevo escenario, dado el intento telermista de constituir una coalición progresista independiente. Los primeros pasos en este sentido lo constituyeron el acercamiento a la conducción del Partido Socialista en la ciudad, y, en un primer momento, a referentes cercanos al lavagnismo⁵. A medida que avanzaban los meses, Jorge Telerman fue depurando su gabinete de funcionarios cercanos a Ibarra para ubicar a funcionarios telermistas y a referentes de sus potenciales apoyos electorales.

En este escenario, a nivel nacional, la oposición se encontraba en cierta indefinición, debido a su exigua nómina de referentes competitivos. La centralidad de la ciudad de Buenos Aires posicionaba a aquellos referentes lanzados en la arena porteña en un espacio de gran visibilidad, volviéndolos atractivos para la competencia presidencial de octubre, por lo que los dos candidatos más votados en el distrito en 2005 (Mauricio Macri y Elisa Carrió) aparecían como claros referentes de la oposición al kirchnerismo,

⁵ En un claro intento de acercamiento con el candidato presidencial, Telerman había designado en agosto de 2006 a Guillermo Nielsen al frente del Ministerio de Hacienda, realizando luego ciertas reestructuraciones del gabinete que le otorgaban a este último una mayor centralidad en el armado. Sin embargo, hacia fines de 2006 dicho protagonismo se derrumbó abruptamente, cuando la tensión generada con los sectores del oficialismo nacional confluyó con el rechazo de todos los sectores políticos al proyecto de presupuesto enviado a la Legislatura. Ante el revés sufrido, Telerman decidió reemplazar al funcionario lavagnista por un hombre de su confianza, Sergio Beros, cancelando el único puente con los sectores ligados a Roberto Lavagna.

en tanto que sus respectivas fuerzas políticas no habían atinado en instalar a referentes alternativos para competir en el bastión de ambos armados (tanto Horacio Rodríguez Larreta como Enrique Olivera tenían escasas chances de trascender en los comicios). Esta situación obligaba una cierta ambigüedad y versatilidad de parte de ambos líderes, que debían, al mismo tiempo, mostrarse capaces de gobernar el país, la ciudad o hasta la provincia de Buenos Aires⁶. Dicho fenómeno los ubicaba eventualmente en el centro de una escena indefinida, que podía incluir como contendientes tanto a Kirchner (cualquiera de los dos, por si fuera poco), como a Jorge Telerman o al signo de interrogación que reemplazara al infructuoso intento re-reeleccionista de Felipe Solá.

En este contexto, de incertidumbre, donde las fuerzas políticas no eran otra cosa que sellos de nombres propios aún no definidos, y donde el único candidato lanzado era el huérfano titular del Ejecutivo local, los innumerables rumores movilizaban a las encuestas, y las innumerables encuestas instalaban nuevos nombres (y bajaban a otros) como potenciales precandidatos, en un evidente proceso de negociación de candidaturas entre fragmentos partidarios y *más-o-menos-conocidos* personajes públicos. De esta forma, las encuestas difundidas en los medios de comunicación evaluaban las chances electorales no sólo de Telerman, Macri, Carrió, Scioli o Filmus, sino también de Carlos Heller (cuyos afiches inundaron la ciudad apenas comenzado el 2007), Enrique Olivera, Horacio Rodríguez Larreta, Ricardo López Murphy, Roberto Lavagna, Alberto Fernández o Nito Artaza.

Las condiciones estaban dadas para que el único candidato instalado ostentara su principal ventaja frente al resto, el dominio del Ejecutivo local y la prerrogativa de definir el calendario. Heredero del gobierno ibarrista, Jorge Telerman aplicó la primera máxima que supo cultivar su predecesor, definir un calendario a la medida de la escena que necesitaba fabricar. El pasaje de Daniel Scioli a la candidatura bonaerense, empujada por el fin del proyecto felipista y la amenaza de Mauricio Macri de competir en el distrito electoral más grande del país, favorecía la instalación del Jefe de Gobierno

⁶ Cabe señalar que dicha estrategia no fue utilizada de la misma manera por ambos referentes. Elisa Carrió fue la primera en lanzar su candidatura presidencial (de hecho, al igual que Telerman en la ciudad, constantemente repetía que ella era la “única candidata presidencial”, aludiendo a las idas y vueltas del matrimonio Kirchner, Lavagna y Macri), y sólo la puso en duda cuando la falta de una estrategia para la ciudad se hizo desesperante hacia fines de febrero, bluff que sólo duró un par de días. En cambio, el líder de PRO jugó a una ambigüedad durante todo 2006 hasta febrero de 2007, incluso instalando fuertemente el rumor de una eventual candidatura a la gobernación bonaerense.

como candidato filokirchnerista, estrategia sólo parcialmente empañada por la decisión presidencial de apoyar al Ministro de Educación, Daniel Filmus, como candidato oficial. Dadas estas condiciones, adelantar las elecciones para cargos locales⁷ a principios de junio forzaba a todos los actores políticos a definir sus candidaturas, y dificultaba la instalación de los menos conocidos⁸.

En el caso del ARI, la mencionada tensión entre Carrió y las instancias partidarias oficiales de la capital había derivado en el alejamiento del principal dirigente de la ciudad, Fernando Melillo. Posteriormente, dichas tensiones se agudizarían con el alejamiento de la propia Carrió de su bloque en la Cámara de Diputados, para finalmente distanciarse de la conducción partidaria y desafiliarse del ARI, con el objetivo de conformar una etérea e ideológicamente indefinible coalición con otras figuras políticas y sociales⁹. La dirección del ARI Capital, con Fernando Cantero a la cabeza, se mostró reacia a la incorporación de Patricia Bullrich al armado de la Coalición Cívica (cuya candidatura a Jefa de Gobierno ya había sido descartada, pero no su futura candidatura a diputada), mientras que al mismo tiempo buscaba establecer una estrategia electoral para el distrito, que osciló entre un acercamiento al telermismo en privado y la defensa de la candidatura de Olivera en público. Mientras tanto, la líder de la Coalición Cívica intentaba sugerir que ella misma competiría por la Jefatura de Gobierno, para luego jugar al misterio anunciando una candidatura “sorpresa”, que infructuosamente pasó del periodista Jorge Lanata al periodista Nelson Castro (ignorando la constante sugerencia de ciertos sectores de apoyar la candidatura de Claudio Lozano, ya lanzado a la pelea por el ejecutivo).

⁷ Telerman había declarado que las elecciones se convocarían para el tercer trimestre del año, pero el 17 de febrero anunció la fecha definitiva, argumentando que de esa forma la campaña porteña quedaba separada del inicio de la campaña presidencial. La definición del calendario confirmaba así una decisión de casi todos los actores del arco político porteño: separar las elecciones locales de las nacionales (donde el arrastre kirchnerista dificultaría las chances del resto), pero dejaba a las fuerzas políticas un plazo de menos de dos meses para definir las candidaturas.

⁸ No eran éstos los únicos efectos de la decisión telermista. Una vez más serían relegadas las elecciones para jefes comunales, cuando varios elementos indicaban su factibilidad. Sucede que el adelantamiento de las elecciones impedía la confección a tiempo de los padrones comunales, que debería ser pospuesta para el 2008, dado el ajustado calendario que debía seguir la Justicia Electoral. Si bien desde el kirchnerismo se siguieron vías de reclamo ante esta instancia, claramente en función de ganar tiempo para promocionar a Daniel Filmus, ninguno de los actores políticos se mostró incómodo ante la nueva postergación.

⁹ Hacia fines de 2006, las reuniones de la candidata con diferentes actores partidarios (diferentes sectores de la UCR, como Roberto Iglesias y Margarita Stolbitzer; Juan Carlos Alderete, de la CCC, Hector “Toti” Flores, del MTD Matanza; Rubén Giustiniani y otros referentes socialistas (incluido Roy Cortina). Hacia el mes de febrero, el proyecto de Carrió ya no era de gran interés para los medios, y la coalición sólo contaba con el apoyo orgánico de Unión por Todos y varios actores sociales.

Con el calendario encima, la fuerza de Elisa Carrió debía presentar ante la justicia los avales de su coalición, y posteriormente la lista de candidatos, pero todavía no contaba ni con una coalición ni con un candidato. La solución que buscaba el sector de Cantero (por lo menos, eso se le imputaba) parecía imponerse: negociar con Telerman la inclusión de Enrique Olivera en una fórmula de coalición. Curiosamente, la ejecución misma de esa estrategia terminó por dejar al propio Cantero fuera del partido: la propia Carrió cerró el acuerdo con Telerman, mientras que su sector intervino el ARI de Capital para superar la oposición intransigente a la coalición con Unión por Todos¹⁰.

Por otra parte, el adelantamiento de las elecciones puso a la galaxia kirchnerista frente a un dilema: apoyar al delfín de la Casa Rosada aún sabiendo sus escasas chances de imponerse, o mantenerse al lado del Jefe de Gobierno con la expectativa de que el presidente finalmente opte por una cierta neutralidad ante “la verdad de las encuestas” (estrategia seguida por un conjunto de actores kirchneristas integrados al gabinete porteño, como Lía María, Marcelo Vensentini o referentes del MTD Evita, Libres del Sur y Madres de Plaza de Mayo). Durante los primeros meses del año, gran parte del debate público giró en torno de convencer(se) que la candidatura de Filmus era verosímil (es decir, que la apuesta de Kirchner por Filmus iba en serio, y que las encuestas auguraban chances electorales, dos elementos que se retroalimentaban mutuamente) y que el triunfo de Telerman no era tarea sencilla; Mientras que el otro polo del conjunto kirchnerista abonaba la idea de la posible declinación de Filmus ante su intrascendente convocatoria, tratando de invertir el círculo albertista entre crecimiento en las encuestas y apoyo del gobierno.

Entretanto, la coalición del PRO no aparecía como otra cosa que el propio Macri “en diálogo” con distintos actores partidarios, externos o internos a su propia fuerza política. Fueron numerosos los acercamientos hacia otros sectores, a fin de sumar apoyos a la coalición con Recrear, que no participó de ninguno de estos acercamientos, e incluso llegó a mostrar su disconformidad con la posibilidad de incorporar a ciertos asociados. De esta forma, la inclusión de Jorge Sobisch y el MPN (utilizada por Macri para relativizar la candidatura presidencial de López Murphy, en tanto se constataba que

¹⁰ La principal agrupación interna del ARI que apoyaba las directivas de Carrió (Jóvenes por la Igualdad) se desafilió en masa del partido y comenzó a acumular avales para la formación de una tercera fuerza política (el Encuentro Cívico por la Igualdad y la Justicia), con el fin de volver factible la presentación de la alianza con Unión por Todos ante la justicia electoral.

había “varios precandidatos” en el espacio) fue siempre resistida por Recrear, hasta que finalmente su disolución quedó sellada por la represión en la provincia de Neuquén que derivó en la muerte de un docente primario. Del mismo modo, las tratativas entre el macrismo y el lavagnismo casi llevan a la ruptura del PRO, aunque finalmente dichas negociaciones no prosperaron y el encuentro sólo quedó en la promesa de no-agresión mutua, dejando a Lavagna sin expresión alguna en la ciudad de Buenos Aires¹¹. A diferencia de este último encuentro, que fuera simplemente un rumor periodístico, el acercamiento con Juan Carlos Blumberg y la oferta de competir por la gobernación bonaerense fueron públicos y notorios. Este escenario de potenciales coaliciones en constante fluctuación se correspondía con las permanentes ondulaciones de la candidatura macrista: primero, Macri presidente, luego, Gobernador, finalmente Jefe de Gobierno. Sucede que la candidatura de Daniel Scioli complicaba la alternativa bonaerense, y el armado presidencial estaba todavía en ciernes cuando a Jorge Telerman se le ocurrió adelantar el ciclo electoral y obligar una definición del macrismo. Sin un candidato fuerte, el PRO se arriesgaba a perder el único bastión electoral que ostentaba, riesgo que el armado porteño no estaba dispuesto a correr, sugiriendo una amenaza de diáspora hacia otros espacios más prometedores.

En este contexto de confusión respecto de la identidad de los espacios en competencia por el gobierno de la ciudad, el adelantamiento de las elecciones y el uso instrumental de la difusión de encuestas resultaron vitales para cerrar la oferta política que terminó presentándose. En este sentido, las principales fuerzas en competencia eran coaliciones entre figuras de relevancia, precandidatos autoproclamados y fragmentos de estructuras organizativas. El Frente para la Victoria sumó a su habitual esquema de “progres” y “aparato peronista”, el complemento del espacio articulado por Aníbal Ibarra (Diálogo por Buenos Aires, también una coalición entre partidos de reciente inscripción en la Justicia Electoral¹²), que aportó el vicejefe a la fórmula pero sin

¹¹ Aunque se mantuvo en contacto con Telerman y Macri, y aunque tiempo antes había sido incluso una posibilidad para el kirchnerismo, Lavagna no tuvo representación en la pugna porteña. La lectura que el propio candidato presidencial hizo de su ausencia fue tan sencilla como poco convincente: se trataba de una elección municipal.

¹² Tenemos aquí una cuestión fundamental: exceptuando al macrismo (aunque éste también presenta sus particularidades en este sentido) las otras dos fórmulas contendientes era coaliciones de coaliciones. De esta forma, Filmus y Heller encabezaban la coalición entre el Frente para la Victoria (compuesto por el Partido Justicialista, de la Victoria, Nueva Dirigencia, Intransigente, Proyecto Popular, Voluntad Popular y Frente Grande) y Diálogo por Buenos Aires (compuesta por el Frente Progresista Popular, Solidario, Generación Intermedia, de la Ciudad, Red por Buenos Aires y Jubilados en Acción). Por otro lado, la fórmula de Telerman y Olivera combinaba a la alianza Más Buenos Aires (que había absorbido a los

unificar listas legislativas, habilitándose una colectora. Telerman y Carrió sellaron acuerdo, unificando la fórmula al ejecutivo pero también dividiendo la oferta legislativa: el entramado telermista llevaba lista propia (arduamente negociada entre los movimientos sociales, ex ibarristas, radicales, socialistas y peronistas), mientras que la Coalición Cívica colocaba a figuras asociadas a los principales referentes del espacio (Carrió, Olivera, Bullrich), detrás de una extrapartidaria de perfil intelectual. El PRO, por su parte, llevó una única lista que se componía, básicamente, de referentes de Compromiso para el Cambio y Recrear, con el agregado de un representante de Juan Carlos Blumberg, del Partido Demócrata Progresista, y, al igual que la Coalición Cívica, con un extrapartidario reconocido por su actividad académica a la cabeza. La fórmula, si bien compuesta exclusivamente de referentes del espacio macrista, aparecía como la alianza entre figuras diferentes, en tanto Gabriela Michetti exhibía un perfil abiertamente divergente de Mauricio Macri. En todos los casos, la lógica coalicional funcionó como una serie de anexiones al capital del candidato, en tanto los aliados “arrimaban” votos, imagen o capital organizativo.

Esta lógica coalicional entre espacios políticos difícilmente identificables como partidos estables (antes bien se trataba de sellos que alineaban fragmentos organizacionales con liderazgos de popularidad) se reflejaba en la campaña electoral. En este sentido, los principales actores intentaron activar una identificación con el electorado a partir de la “sumatoria” de perfiles diversos, así como también se jugó la diferenciación política a partir de la denuncia de oportunismo en los armados adversarios.

En el caso del Frente para la Victoria/Diálogo por Buenos Aires, el ensayo de la construcción del perfil por contigüidad involucraba una serie de planos. En primer término, la asociación entre la figura de Filmus y la de Kirchner era absoluta, según el principio de lectura kirchnerista en la elección se ponía en juego la continuidad del cambio o la vuelta al pasado, ya sea bajo la forma del menemismo o la Alianza. En segundo lugar, también se intentó asociar la figura de Filmus a la de Daniel Scioli, candidato bonaerense con grandes adhesiones de este lado de la Gral. Paz, en la alusión

integrantes de la abortada coalición Buenos Aires por Más, y estaba compuesta por los partidos Socialista, Frente Progresista por Buenos Aires, UCR, Corriente Patria Libre, Corriente Porteña, Desafío Bicentenario, Democracia Cristina y el Partido Verde), y la Coalición Cívica (ARI, Unión Por Todos y Encuentro Cívico por la Igualdad y la Justicia).

constante a planes coordinados a nivel de toda la zona metropolitana, o en la simple aparición de ambos en los actos proselitistas de importancia. La inclusión de Ginés González García como primer candidato a legislador parecía traer otros elementos para perfilar al progresismo “filmusista”, aunque esta alternativa no fue lo suficientemente explotada durante la campaña. La alianza con Diálogo por Buenos Aires aportó elementos de un progresismo independiente, especialmente en la figura de Aníbal Ibarra, pero también en la imagen de “banquero de izquierda” de Carlos Heller.

Respecto de la diferenciación con un pasado que merece ser dejado atrás, la lógica coalicional también jugó en la construcción de la diferenciación política, en tanto el descrédito también puede desplazarse por contigüidad. En este sentido, el principal blanco de los dardos kirchneristas fue para Jorge Telerman, asociado, a partir de su pacto con Elisa Carrió y Enrique Olivera, a la debacle aliancista. Sobre Macri el planteo es el ensayado ya en 2003 y 2005: Macri representa el pasado de los negocios que se apropió de los bienes de los argentinos. La asociación de Macri con figuras como Menem, María Julia, Duhalde o un Jorge Sobisch en apuros servían a estos fines.

El planteo de Telerman también incluía esta construcción metonímica del perfil. A las características propias del candidato, que planteaba la imagen de un progresismo cultural mediante la instalación de un clima de sofisticación y buena onda, tanto a través de su propia campaña como de las campañas del Gobierno de la ciudad, se sumaban los aportes de los movimientos sociales y, especialmente, de la Coalición Cívica. Básicamente, Telerman rescataba la construcción ibarrista de 2003, con un progresismo aliado al presidente pero independiente, que podía reunir a todo un arco de actores de centroizquierda. Ahora bien, a las dificultades para sostener semejante armado (reunir a Carrió y a Kirchner en un armado electoral podía funcionar en 2003, pero en 2007 las aguas bajaban mucho más turbias y la mera apelación a la amenaza macrista no alcanzaba para salvar las distancias¹³), se le unían las limitaciones propias de Telerman como candidato. El Jefe de Gobierno tendía a una sobredramatización de su obra de gobierno y de su perfil, lo que terminaba por mostrarlo demasiado afanado por acceder

¹³ Jorge Telerman había tomado nota de este último punto, y repetía hacia el inicio de la campaña que “no debía unirnos el espanto, eso fue lo que nos unió antes y no funcionó”. Sin embargo, este argumento quedó totalmente fuera del discurso telermista a medida que fue avanzando la campaña.

al cargo y habilitaba al resto de los actores a tratarlo de oportunista. La verosimilitud de su propuesta se ponía en juego en esta disputa.

Por el lado del macrismo, la incorporación de Michetti a la fórmula y la postulación de Mariano Narodowski intentaban dar la idea de una sumatoria de personalidades disímiles a una propuesta colectiva. Puede decirse que Macri no sólo aprendió la lección de desplazarse de la frontera con el progresismo, sino que también tomó nota del exceso de personalización que mostraba a su propuesta como una aventura personal de apropiación. Mostrar una fuerza política “desapropiada”, con figuras poco identificables con la derecha que podían darse el lujo de llamarlo “facho” en público, escenificaba un espacio deliberativo y plural en su propuesta, legible como contracara de la “hegemonía kirchnerista” asociada generalmente a una deficiencia de carácter del Presidente.

Conclusiones

A lo largo del presente artículo hemos desarrollado cómo la crisis generalizada del período 2001-2002 había profundizado el proceso de transformación de la representación política hasta la explosión de las identidades partidarias preexistentes. El proceso de recomposición política iniciado por el kirchnerismo volvió verosímil el principio de lectura de Aníbal Ibarra, tornando inteligible la escena política porteña en los términos de una polaridad ideológica en la que podían variar los actores pero no la divisoria sustancial entre espacios o “galaxias” que acercaban o dividían tanto a los fluctuantes actores políticos como al cambiante humor del electorado. De esta manera, el escenario de fragmentación e incertidumbre podía aparecer enmarcado en un criterio de agrupamiento estable, que colocaba al propio Jefe de Gobierno en el centro de la escena, como defensor de *todos* frente a la amenaza de *pasado*.

Sin embargo, dicho principio de lectura encontró rápidamente sus límites. Una vez reelecto, la disgregación política se hizo patente en la Legislatura, donde los armados de fuerzas de diversa extracción ideológica comenzaron a descomponerse en pequeños o mínimos bloques, imponiéndose una dinámica personalizada donde las mayorías se lograban por la negociación persona a persona, y donde los alineamientos políticos sólo aparecían en coyunturas de gran movilización política o ante la renovación electoral de los cargos. Dicha dinámica de disgregación y reagrupamiento claramente distaba de una

política coalicional en su sentido literal, dado que prácticamente no existían partidos políticos estructurados que estuvieran en condiciones de coaligarse para formar gobiernos o propuestas políticas. En este sentido, fuera de los espacios en franca retracción y casi desaparición, la fuerza del Jefe de Gobierno mostraba la contundencia del proceso: según la coyuntura, Aníbal Ibarra sólo contaba con el apoyo de un puñado de legisladores propios, mientras que debía negociar con una pluralidad heterogénea de actores para conformar mayorías parlamentarias o bloquear los proyectos del cada vez más homogéneo y numeroso espacio de Compromiso para el Cambio (que también se separó en dos grandes bloques, sufriendo la sangría de varios legisladores) y Recrear (proveniente de la disuelta coalición con Unión por Todos).

En este juego de constante realineamiento, no resultó sorprendente que la identidad de los actores en pugna en los siguientes procesos electorales fueran variando, pasando de una escena dominada por dos actores de centro-izquierda frente a dos actores de centro-derecha, a una escena de sólo tres competidores que trataban de extenderse a todo el arco ideológico (desde un macrismo PRO a un ARI preocupado por la moral). Ya en este período se evidencia la dificultad para sostener coherentemente el principio de lectura ibarrista, que se iría transformando y disolviendo como criterio de diferenciación política efectivo.

El macrismo fue el primero en aprender esta lección, que tanto el kirchnerismo como el espacio encabezado por Elisa Carrió no supieron identificar. En este sentido, luego de sucesivas transformaciones que operaron sobre la conformación de la escena (entre las que se cuentan las operadas por Jorge Telerman para reconstruir el escenario polarizado de 2003), PRO terminó de profundizar un desplazamiento que, un tanto ciegamente, había venido intentando desde la primera candidatura de Mauricio Macri. El agotamiento del “principio de lectura progresista”, entonces, no se debió a un giro del electorado a la derecha, sino más bien a una explosión del propio signo progresista por la apropiación de todos los actores, que terminó por configurar una escena inteligida en otros términos.

Frente a las recurrentes disputas entre actores que suponían ya resuelta la tarea de diferenciación respecto del macrismo, pero que asumían con pocas ideas la tarea de definir al progresismo (tarea ciertamente relevante luego de la destitución de Ibarra y la

validación de la idea de un “progresismo vacío”), el macrismo encontró una forma de diferenciación política que cortaba al electorado de una forma alternativa a la de 2003, asumiendo que la necesidad de “educación y salud para todos” (la gran tarea de la centro-izquierda, en las diversas versiones desideologizadas de Ibarra, Carrió, Bielsa, Filmus y Telerman) era también una reivindicación propia, y sumándole a estas buenas intenciones la ya ensayada imagen de una nueva generación de políticos, trabajadores, honestos y menos charlatanes y peleadores. Si estos últimos elementos podían ser caracterizados en 2003 como propios de una idea “antipolítica” defendida por ciertos sectores de la derecha privatista, la crisis del gobierno de Ibarra y una relativamente fatigada verborragia presidencial los hacían verosímiles ante el electorado.

Tal como se ha tratado a lo largo del texto, tales giros en torno a la escenificación de la competencia política han tenido como eje la construcción de armados políticos tan competitivos como homogéneos y relativamente estables. En este sentido, así como el desplazamiento operado por el macrismo en torno a la frontera progresista tuvo su clave en alejar el fantasma de la aventura personal del hijo de un millonario, las desventuras del telermismo residieron en las dificultades para presentar su heterogéneo armado en los términos de un acuerdo y no de desesperación reeleccionista. Al kirchnerismo también le ha costado homogeneizar sus filas, alineadas con estrategias contradictorias de construcción política, al punto de definir la destitución de Aníbal Ibarra, un actor que se movía como pez en el agua en la dinámica de tejer alianzas sin partidos, hasta que la primera hola lo diera vuelta y le mostrara cuán pequeño puede ser un individuo solo frente al revuelto mar de la política porteña.

Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2001) *Las dos fronteras de la democracia argentina*. Rosario: Homo Sapiens.

- Aboy Carlés, G. (2001b). “El ágora turbia: reflexiones sobre populismo y ciudadanía en la Argentina” en Cheresky, I. y Pousadela, I. (Comp.) *Política e Instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas*. Buenos Aires: Paidós.

- Burdman, J. (1998) *Los porteños a las urnas. 1916-1997*, Buenos Aires, Editorial Centro de Estudios Unión para la Nueva Mayoría.

- Calvo, E. y Escolar, M. (2005) *La nueva política de partidos en la Argentina. Crisis política, realineamientos partidarios y reforma electoral*, Buenos Aires, Prometeo Libros.
- Cavarozzi, M. y Abal Medina, J.M. (comps.) (2002) *El asedio a la política. Los partidos latinoamericanos en la era neoliberal*, Rosario, Homo Sapiens.
- Cheresky, I.- Blanquer, J.M. (comp.) (2003), *De la ilusión reformista al descontento ciudadano*, Rosario, Homo Sapiens.
- Cherny, N.- Natanson, J. (2004) “Personalismo, localismo y transversalidad : un análisis de las elecciones locales de 2003 en la ciudad de Buenos Aires” en Cheresky, I - Pousadela, I. *El voto liberado*, Buenos Aires, Paidós.
- Manin, B. (1993). “Metamorfosis de la representación”, en Mario do Santos (coord.) *¿Qué queda de la representación política?* Caracas, Nueva Sociedad.
- Mauro, S. (2005). “La campaña electoral por la Jefatura de Gobierno de Buenos Aires: estrategias políticas e inteligibilidad de la agenda”, en *Revista Argentina de Sociología*, N° 4, Buenos Aires, CPS - Miño y Dávila editores.
- Mauro, S. (2007) “Mutación, crisis, recomposición y otra vez crisis de la representación política en la ciudad de Buenos Aires. Los avatares del signo progresista”, en *Revista Argumentos*, N° 8, Buenos Aires, publicación electrónica del Instituto de Investigaciones Gino Germani.
- Mauro, S. y Montero, F. (2006) “Dilemas de la recomposición en la escena porteña”, en Cheresky, Isidoro (comp.) *La política después de los partidos*, Buenos Aires, Prometeo.
- Mauro, S. y Natanson, J. (2006) “Ciudadanía y sociedad civil en la ciudad de Buenos Aires”, en Cheresky, Isidoro (comp.) *Ciudadanía, sociedad civil y participación política*, Buenos Aires, Miño y Dávila editores
- Novaro, M. (1994). *Pilotos de tormentas. Crisis de representación y personalización de la política en Argentina*, Buenos Aires, Letra Buena.
- Novaro, M. (2000). *Representación y Liderazgo en las democracias contemporáneas*, Buenos Aires, Homo Sapiens.
- Schnapper, D. (2001). *La democracia Providencial*, Rosario, Homo Sapiens.